RAFAEL F. MUÑOZ: A TREINTA
AÑOS DE SU MUERTE

*Juan Antonio Rosado**

Tal vez las nuevas generaciones de lectores, críticos y editores actúen como el último juez de una obra literaria; y si no el último, por lo menos son quienes otorgan continuidad a la vida pública de una creación. Si esto ha resultado palpable, también lo ha sido el hecho de que una obra lo suficientemente deslumbrante puede, en un momento dado, opacar a otra acaso con la misma o superior calidad, pero sin el aparato de mercadotecnia, premios, publicidad, difusión, o sin la asidua crítica que tuvo la primera.

En la famosa polémica en torno a las supuestas literaturas ‘viril’ y ‘afeminada’ que se gestó en el México de fines de 1924 y principios de 1925, Francisco Monterde, el redescubridor de *Los de abajo*, de Mariano Azuela, se quejaba de que la ausencia de

grandes obras se debe también, por lo menos en parte, a la carencia de crítica. En lo personal, pienso que el desarrollo del criterio –que va muy unido a la educación estética y a la lectura de los llamados clásicos– es algo que ha ido decayendo a nivel escolar, y esto sin dudas ha repercutido en los diversos redescubrimientos o ‘resurrecciones’ de viejas obras, que todo lector auténtico y activo debe llevar a cabo, tal como lo hizo Monterde.

El caso del extraordinario narrador Rafael F. Muñoz (1899-1972) no es ajeno a la situación anterior. La poderosa sombra de Martín Luis Guzmán, por ejemplo, aunada posteriormente al llamado fenómeno del *boom* latinoamericano y a otras tendencias vanguardistas o auges de temas, estilos o cánones privilegiados no sólo por los nuevos escritores,

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

NOTAS

sino también por la publicidad y la crítica –que vienen a ser lo mismo cuando la segunda carece de argumentos– han opacado o soslayado, si no es que olvidado totalmente, a novelistas como Rafael F. Muñoz, cuyas obras, en general, no han corrido con la misma suerte que las de Azuela o Guzmán, autores leídos incluso a nivel de secundaria y bachillerato. Y esto a pesar de que Muñoz publicó en una editorial tan prestigiada como Espasa Calpe.

La prosa apolínea y luminosa de Martín Luis Guzmán es una de las mejores de la narrativa mexicana, pero este autor es conocido y apreciado fundamentalmente por dos obras: *La sombra del Caudillo* y *El águila y la serpiente*. Contra lo que muchos siguen creyendo, la primera no es una novela de la Revolución: su tema no gira en torno a la contienda armada, sino a la corrupción dentro de los regímenes de Obregón y Calles; la segunda no es siquiera novela: son una serie de relatos unidos por un personaje y por el tema de la Revolución. Fuera de estas dos magnas obras, Guzmán es poco leído. Sus *Memorias de Pancho Villa* representan, a mi juicio, una concepción narrativa un tanto alejada de la agilidad, de la intensidad y de la profunda visión crítica de las primeras, en pro de una narración lenta, detallista, elaborada por un Guzmán ya

incorporado al sistema político mexicano. Por su parte, Azuela es básicamente conocido por su novela *Los de abajo*, publicada por vez primera en 1915, pero realmente leída y difundida a partir de 1925, gracias al crítico Monterde y a la mencionada polémica.

Si atendemos a este breve panorama, después de Guzmán y Azuela vendría una lista más o menos definida de narradores de la Revolución, en la que, entre otros, encontramos a Francisco Urquiza, Nellie Campobello, Agustín Vera, José Rubén Romero y Gregorio López y Fuentes. Lo que en lo personal me parece injusto es que aún a estas alturas no se contemple a Rafael F. Muñoz –al novelista y al cuentista– como a un escritor que bien podría figurar al lado de Guzmán y Azuela, encabezando la lista de narradores de esa corriente de carácter épico y social conocida como Novela de la Revolución Mexicana en su etapa episódica.

Si bien Muñoz pertenece a una generación más joven, coincide con los dos autores anteriores en que vivió la Revolución en carne y hueso: a sus 14 años ya se mezclaba con las tropas. Asimismo, Azuela, Guzmán y Muñoz representan tres estilos y tres enfoques completamente distintos de la Revolución. Lo que no puede negarse, a pesar de la maestría y la perfección formal de Guzmán, es

NOTAS

la calidad literaria de Muñoz, que ciertamente no se reduce a contar una historia: tanto la plasticidad y viveza de su estilo como la intensidad de sus situaciones narrativas y la caracterización de sus personajes lo hacen uno de los principales narradores de la Revolución Mexicana.

Nacido en Chihuahua, Rafael Felipe Muñoz se había iniciado como periodista en 1914, con una crónica sobre la Decena Trágica. Fue en esa época cuando conoció a Francisco Villa, quien se convertiría en una de las figuras más importantes en su narrativa. Cuando Villa muere, en 1923, Muñoz, en colaboración con Ramón Puente, da a la luz pública su ensayo *Francisco Villa, biografía rápida* (publicado en 1955 bajo el título de *Pancho Villa, rayo y azote*). Como escritor y periodista, se comprometió de lleno con la historia inmediata de México, pero también abordó el siglo XIX en su estudio biográfico *Santa-Anna, el dictador resplandeciente* (1936).

En cuanto a su narrativa breve, el cuentista Muñoz es uno de los más intensos de esta etapa de las letras mexicanas. Baste recordar sus célebres cuentos “El feroz cabecilla” y “Oro, caballo y hombre” para comprobar la aseveración anterior. En la primera narración, publicada en libro en 1928 —el mismo año en que Guzmán da a conocer *El águila y la*

serpiente— se pone al descubierto la mentira y la exageración de los comunicados oficiales y de la prensa porfirista. Es notorio cómo la palabra impresa puede tergiversar los hechos y crear héroes o antihéroes. Con una estructura *sui generis*, donde, tras una introducción que nos narra la fatalidad de unos rebeldes sobrevivientes, y sobre todo de uno de ellos, un mutilado que responde al nombre de Gabino Durán, Muñoz entreteje diversas versiones de prensa que privilegian y exaltan el aparato de poder de los federales y crean toda una historia de ficción, con sus contradicciones, en torno al ‘feroz cabecilla’ Gabino Durán. Por su parte, en ‘Oro, caballo y hombre’ toca un tema tratado también por Guzmán en “La fiesta de las balas”: la figura de Rodolfo Fierro.

Seymour Menton ha comparado ambas narraciones, privilegiando la de Guzmán por parecerle más ‘literaria’. Como quiera que sea, mientras Guzmán acentúa el carácter demoníaco del villista, Muñoz lo desmitifica al narrar su dramática muerte en el cieno, tras la cual unos lamentaron la pérdida del oro que Fierro tenía en su poder, otros, la pérdida del caballo, y nadie la pérdida del hombre.

Pero la escritura de Muñoz, todos esos rasgos que han hecho de él un clásico de la narrativa de la Revolución, son mucho más palpables en

NOTAS

sus dos grandes novelas: *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931) y, sobre todo, en esa original *Bildungsroman* o novela de aprendizaje titulada *Se llevaron el cañón para Bachimba* (1941), donde un joven de 14 años es testigo y actor del levantamiento de Pascual Orozco contra Madero. Hablaré brevemente de cada una de estas novelas.

En *¡Vámonos con Pancho Villa!* el protagonista, Tiburcio Maya, representa la fidelidad absoluta a la figura del despiadado Villa, que mata a sangre fría a la esposa e hija de Tiburcio sólo porque éste se hallaba preocupado por ellas. Villa requería de Tiburcio para que lo acompañara en sus campañas de guerra. Como Tiburcio no quería dejar solas a su mujer e hija, el bandido las asesina después de que ellas le dan de comer: “Ahora ya no tienes a nadie –dice Villa–, no necesitas rancho ni bueyes. Agarra tu carabina y vámonos...”

La personalidad del bandido es trazada con una verosimilitud impecable. Pero más allá del argumento y de las motivaciones que impulsan a Tiburcio a lanzarse a la acción, la novela está repleta de innumerables descripciones de la guerra, donde resalta el horror, hechas con tal maestría, que el lector se siente vivir en medio de lo que se narra. No podía tampoco faltar la famosa y cobarde invasión a Columbus y la campaña

de Pershing para capturar a Villa. Muñoz compara esta invasión con la violación animalesca de una virgen: “Era una satisfacción sexual –dice el narrador– la que habían experimentado desde que pasaron aquella línea imaginaria que parecía vibrar como un brazo que quisiera detenerlos, entre las columnas impávidas que demarcaban la frontera; la sangre completó la ilusión de un himeneo violento.”

Se llevaron el cañón para Bachimba es quizá la obra maestra de Muñoz. El narrador protagonista, como ya lo he mencionado, es un joven de 14 años llamado Álvaro Abasolo. Su padre, un demócrata antimilitarista que afirmaba que no hay nada peor que los soldados cuando quieren gobernar militarmente el país, lo había dejado solo en casa. Álvaro intenta defenderla de la invasión de una tropa orozquista comandada por el general Marcos Ruiz, pero no puede. La impotencia del narrador se expresa en la siguiente descripción de Marcos Ruiz: “Recorrió los corredores, asomando a las piezas donde ya sus hombres estaban acomodándose. Yo le seguía, sintiéndome pequeño a su lado. Caminaba él asentando todo el pie, con decisión, como si se apoderara del suelo y conservaba aún sobre la cabeza el sombrero de fieltro, amplio y redondo, ajustado a las sienes tan firmemente

NOTAS

como si no tuviera la costumbre de descubrirse.”

El contraste entre la cultura del joven, heredada de su padre, y la de los soldados, que no sabían ni cómo se manejaba una máquina de escribir, es abismal. Y sin embargo, es el joven Álvaro quien, a partir del instante en que se une a los rebeldes en su campaña contra Madero, entrará en un duro proceso de aprendizaje: no el aprendizaje teórico y libresco, sino el de la vida militar, que incluye también la aprehensión del ideal, ya que el prurito era no dejar morir a la Revolución mientras no se logaran sus fines: “Y si nosotros no podemos llegar hasta su término –dice Marcos Ruiz–, otros vendrán a completar nuestra obra.” Para el soldado, no rendirse es algo consustancial a la dignidad, pues el ideal se ubica mucho más allá de las personas, como llega a declararlo Marcos Ruiz: “Madero. Orozco. Nombres nada más. Nosotros no debemos personificar las ideas, porque el pueblo se aleja más fácilmente de los hombres que de las tendencias. No es preciso que sea Orozco el que triunfe sobre Madero ni Madero el que se imponga sobre Orozco; es preciso que sea el pueblo el que triunfe, a pesar de los errores, de las pasiones, de las locuras, de la ceguera de sangre, de los odios...”

Estilísticamente, Rafael F. Muñoz es un autor que no padece de glotonería verbal, pero tampoco de ligereza, de esa superficialidad anecdótica hoy tan de moda en muchos escritores, y privilegiada –por supuesto– por muchos críticos o seudocríticos. La prosa de Muñoz, a menudo teñida de sangre, dolor e indignación, y a veces de ironía e idealismo, es directa y equilibrada, profunda en su concisión y sencillez, partícipe de la vieja postura del arte de parecer sin arte. Creo que el mejor homenaje que puede hacerse de la obra de Muñoz, ahora que el autor cumple treinta años de muerto, es releerlo y disfrutarlo como a uno de los narradores imprescindibles de la Revolución Mexicana.